

“Mira, mira, qué señora tan fina”

escrito por **Enrique Boix**



Crónica del bautismo de la pequeña Rita, nieta de notarios y amadrinada por la condesa de Baños

Son escasas las reseñas de aquel **2 de abril de 1728**. Pero debió de ser un día diferente para una villa industrial y agrícola como era **Enguera en el siglo XVIII**. Aquel viernes recibía el sacramento del bautismo la pequeña Rita, hija y nieta de una **saga de notarios**: los Cabezas. Como madrina acudió la **condesa de Baños**, doña María Ana de la Cerda, que a su vez era también **condesa de Elda, Anna y señora de Enguera**. Escribe la crónica de sociedad un sexto nieto de la bautizada, un servidor de ustedes.

Los progenitores de Rita, **Januario y Teresa**, llevaban tres días sin dormir desde que llegó la criatura a casa. En realidad, quien menos conciliaba el sueño era la madre, todavía con los **dolores del parto** latentes. Don Januario huía de los llantos de su hija entre los papeles de la **escribanía**, heredada de su padre Cristóbal. Allí seguían acudiendo tejedores, peraires y labradores para comprar, vender, testar, fiar... ajenos a los asuntos domésticos de la familia Cabezas. Pocos besos regaló a su hija en aquellos primeros días, liado como estaba entre **protocolos, rebedores y notales**.

La recién nacida seguía en el limbo, más de 72 horas en la antesala de la cristiandad, pendiente de que la señora condesa, **doña María Ana Josefa de La Cerda y Rocaberti**, tuviera a bien resolver los asuntos de la semana y acercarse a Enguera para acompañarla en la **pila bautismal**. Hacía más de de 16 años de la muerte de su esposo, don Francisco Coloma Pujades y Borja, y los años pesaban como losas de piedra para la condesa de Baños. Pero tenía un compromiso en Enguera, como **señora de la villa**, y no podía excusarse. Ya era viernes.

Allí la recibió todo el pueblo. En la **Iglesia Arciprestal de San Miguel Arcángel**. Dados los achaques de doña María Ana, la comitiva decidió acceder

al templo por la llamada **puerta del Hospital** y no por la escalinata principal. “*Muchos peldaños para tan flacos huesos*”, debió de pensar alguien con gran sensatez. Los vecinos se arremolinaron en el carrerón del cura, en lo que fue el **carrer de Antoni Simó**. “*Mira, mira, qué señora tan fina*”, exclamó una vecina con dos **mocosos** agarrados a sus faldas.

Apenas se le veían los ojillos a la pequeña Rita, embutida entre **blancas puntillas**. Se da por descontado que lucía ropajes de las **mejores marcas** de la época. Don Januarió iba lustroso y elegante, con el **bigotillo** arreglado. Y las manos bien limpias, sin rastro de tinta. Teresa logró disimular un poco las **ojeras** de su maternidad reciente. **Don Tomás**, el señor cura, no podía ser menos. Las siempre hacendosas Catalina Ciges y Manuela Simón le habían dejado la **casulla** reluciente.

No constan en las crónicas de aquel día si sonó el típico canto popular valenciano, aquel que decía con **atreimiento** y sarcasmo:

*“El padrí pollós, que no en tira dos.
La padrina picolía i el padrí, picolí.
Si no tiren confitura, morirà la criatura”*

*“El padino piojoso, que no tira más de dos.
La madrina roñosa y el padrino, roñoso.
Si no tiran confitura, morirá la criatura”*

Quizás el padrino y también abuelo de la niña, **don Cristóbal Cabezas**, familiar además del **Santo Oficio**, repartió algunas monedas entre el vecindario para apaciguar sus ansias cantarinas y burlonas.

En un momento de la liturgia, entre los **latinajos** de don Tomás, la elegante madrina dejó escapar unos cuantos recuerdos. Aquel **1695** en que se desposó con Francisco. Cómo recordaba todavía todos los detalles de la ceremonia. Ella puso su condado de Baños y él el **condado de Elda**. Y unos cuantos señoríos más, valencianos y andaluces. Aquellos amargos años de la **Guerra de Sucesión** contra los partidarios del Borbón. Cómo consiguió su añorado Francisco ser **Grande de España**, gracias a su arrojo en tierras alicantinas en el bando del **Archiduque Carlos**. Pero llegó la **Batalla de Almansa** y la coronación de **Felipe V**. Años de destierro. Bienes confiscados. Francisco Coloma Pujades y Borja sólo regresó a Valencia para morir, en los primeros días de marzo de 1712, ahora justo **hace 302 años**.

Don Tomás Fortea, como oficiante de la ceremonia, dejó escrita con **esmerada caligrafía** los detalles del bautizo de Rita Cabezas Cabezas, un **sugerente guión** para el relato que hemos trazado en estas líneas. Antes de estampar su firma, el señor cura inscribió en el libro parroquial el nombre de la **nueva cristiana**. Contengan la respiración: “*Francisca de Paula Teresa Rita Christofola Inacia Buenaventura y Caetana*”.

La condesa de Baños (y también marquesa de Ladrada) regresó a sus aposentos tras esta breve jornada en tierras **valencianas**. Moriría apenas tres años después en Madrid, sin llegar a ver cómo su ahijada Rita uniría su destino al de don Joseph Juan Calatayud, un **escribano de Elda** recién llegado a Enguera. El

futuro de la buena familia estaba garantizado. Como ha quedado demostrado en este pequeño **retal** de la historia familiar: los **notarios** los crían y ellos se juntan.

Un par de apuntes a modo de epílogo para nuestros fieles seguidores. **Rita Cabezas Cabezas** se convertiría décadas después en la abuela paterna de nuestra entrañable María Rosario. Además, el padre de esta última rompería la **tradición familiar** al no dedicarse a la **notaría**. No, no. No crean que se hizo titiritero, **quincallero** o cómico. Se convirtió en **boticario**. Ahí es nada.

Post Scriptum: La fotografía que ilustra estas líneas, procedente de los archivos del **Museo del Traje** (Centro de Investigación del Patrimonio Etnológico), fue tomada por el fotógrafo francés **Jean Laurent y Minier** (1816-1886). Muestra el cuadro pintado por el artista sevillano **Manuel de Ojeda y Siles** (1835-1904) ambientado en un bautizo de una **ciudad valenciana**.